

OBSERVADORA, CALLEJERA, OPINANTE: DELIE ROUGE Y SU INCURSIÓN EN LA ENSAYÍSTICA Y LA PRENSA DE MUJERES EN CHILE*

OBSERVANT, OPINIONATED AND URBAN CHRONICLER:
DELIE ROUGE AND HER IRRUPTION IN ESSAY WRITING
AND THE WOMEN'S PRESS IN CHILE

JOYCE CONTRERAS VILLALOBOS**

RESUMEN: El artículo examina la escritura de Delie Rouge, quien participó de la escena literaria y política feminista de la primera mitad del siglo XX en Chile. Por un lado, interesa reconstruir la trayectoria intelectual de la escritora subrayando su lucha por incorporarse al campo literario; por otro, se aborda su incursión pionera en el género del ensayo examinando el carácter transgresor que implicó su desarrollo a inicios del siglo, para, finalmente, centrarse en el análisis de sus crónicas publicadas en la “prensa política feminista” de la década de 1930. Se propone que en estos últimos textos se despliega la voz de una cronista urbana que, desafiando los límites asociados a lo privado/femenino y público/masculino, se desplaza por las calles e ingresa en los arrabales de la ciudad: desde este espacio, asumiendo la función intelectual, visibiliza y denuncia públicamente la exclusión que afectaba a los grupos marginados de la ciudad moderna, centrándose, en particular, en la situación de las mujeres.

PALABRAS CLAVE: Delie Rouge, ensayo, crónica, prensa de mujeres

ABSTRACT: This article examines the writing by Delie Rouge who played an active role in the feminist literary and political scene of the first half of the 20th century in Chile. On the one hand, the article aims to reconstruct her intellectual career illuminating her struggle to fit in the literary field. On the other, her pioneer incursion in the essay is addressed by examining the transgressive nature that its development at the beginning of the 20th century implies. Finally, the article focuses on the analysis of her chronicles published in the feminist political press of the 1930s. In them, the voice of an urban chronicler unfolds, challenging the boundaries associated to the private/feminine and public/masculine, it moves through the streets and enters the slums of the “barbarian city”. From this space, and assuming the intellectual role, she makes visible and publicly

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación Fondecyt postdoctoral 3180722. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Taller Cultural Intervention in Latin American Magazines llevado a cabo entre el 26 y 28 de marzo de 2019, en el marco del proyecto Redes 180157 (PCI - ANID), desarrollado en el Centro de Estudios Americanos de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez.

** Doctora en Literatura. Académica de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Correo electrónico: joycecontreras@uchile.cl. Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-7043-729X>

denounces the exclusion affecting the modern city's marginalised groups, particularly the situation of women.

KEYWORDS: Delie Rouge, essay, chronicle, women's press

Recibido: 04.01.2022. Aprobado: 10.05.2022.

I. INTRODUCCIÓN

A LO LARGO DEL ÚLTIMO cuarto del siglo XIX, y en el marco de una serie de transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales derivadas del proceso de modernización que por entonces se desarrollaba en Chile y en gran parte de América Latina (Romero, 2008), es posible identificar la presencia de un grupo de mujeres que comienza a participar en el mundo de lo público. Son las primeras “féminas inquietas y trajinantes” –en palabras de Amanda Labarca (1934, p. 187)– que inauguran el ingreso de las mujeres en el campo de la cultura, entre cuyos nombres destacan los de Martina Barros, Rosario Orrego, Lucrecia Undurraga, Leonor Urzúa, Celeste Lassabe, María Delfina Hidalgo, entre otras. No obstante la existencia de estas figuras precursoras, será en las primeras décadas del nuevo siglo cuando se visualice la presencia de un colectivo femenino que consolidará su participación y agencia en este nuevo campo letrado en vías de autonomización. En un contexto de tensión y reconfiguración de las identidades de género tradicionales, con el correspondiente desplazamiento de los límites entre lo privado y lo público, las mujeres van a traspasar los umbrales que antes las constreñían de forma prácticamente exclusiva al espacio doméstico y transitarán –con sus respectivos matices– por el espacio urbano, viviendo y, lo que es más relevante aún, representando, la experiencia nueva y a la vez contradictoria de la modernidad.

En relación con lo anterior, y atendiendo a la periodización que ofrece Doll (2014) para comprender la emergencia de las escritoras en el incipiente campo literario nacional, nos encontraríamos frente a la presencia de las primeras autoras “modernas”, quienes, nacidas alrededor de la década de 1890:

Inician sus carreras especialmente a partir de los años veinte [...] Algunas provienen de las capas medias e inician un trayecto hacia la profesionalización dentro del campo cultural. Ya no serán las damas de la élite obligadas a desplazarse por los salones de la casa y en los círculos reducidos de sus amistades ilustradas. El reconocimiento y legitimación correrá por la vía de la escritura “literaria” y sus actividades culturales o

de gestión se orientarán, en forma creciente, aunque no exclusiva, hacia actividades más formalizadas y en pos de la inserción en el campo literario como “escritoras”, “poetas” y/o “intelectuales”. (p. 33)

En este grupo figuran mujeres narradoras, poetas, dramaturgas, ensayistas, editoras, cronistas, traductoras y conferencistas –varias provenientes, por primera vez, de sectores medios e incluso, populares (como es el caso de Gabriela Mistral)–, cuyo trabajo va a contribuir tanto a articular una tradición literaria e intelectual en clave femenina, como a dinamizar, en general, el campo literario. No pocas de ellas, asimismo, participarán en los primeros movimientos políticos y asociaciones de mujeres, organizaciones que en su conjunto desempeñarán un papel clave en las luchas por la obtención de derechos, y que experimentarán su momento cúlmine con la promulgación de la ley de sufragio femenino universal celebrada en 1949 (Eltit, 2019, p. 67; Kottow, 2013, pp. 152-153).

En este marco, el artículo examina la escritura de la autora copiapina Delie Rouge, quien formó parte activa de esta escena cultural y política femenina de avanzada. Por un lado, interesa reconstruir la trayectoria intelectual de la escritora iluminando su lucha por incorporarse al campo literario; por otro lado, se aborda su incursión pionera en el género ensayo examinando el gesto transgresor que implicó el cultivo de dicho género a inicios del siglo XX en Chile; para, finalmente, centrarse en el análisis de sus crónicas publicadas en la prensa política feminista de la década de 1930. Se propone que en estos últimos textos se despliega la voz de una cronista urbana que, desafiando las demarcaciones asociadas a lo privado/femenino y público/masculino, se desplaza por las calles e ingresa en los arrabales de la ciudad “bárbara”: desde este locus, y asumiendo la función intelectual (Said, 1996), visibiliza y denuncia públicamente la exclusión que afectaba a los grupos marginados de la ciudad moderna, centrándose, en particular, en la situación de las mujeres. Este posicionamiento crítico resulta coherente al examinar de manera retrospectiva las inquietudes literarias, así como la militancia política que marcaron, por más de tres décadas, el quehacer de la autora.

II. RECONSTRUYENDO BIOGRAFÍAS Y TRAYECTORIAS INTELECTUALES

Delia Rojas, más conocida por su seudónimo Delie Rouge, nació en 1883 en Copiapó, en el seno de una familia de clase media. Desde joven se apasionó

por la lectura, como ella misma lo confiesa en *Mis memorias de escritora* (1943): “Tan pronto supe leer, empecé a devorar libros que muchas veces no comprendía; pero que yo leía y releía. Era como un *ansia de saber* que me devoraba” (pp. 9-10)¹. Desde muy joven también comenzó a incursionar en la escritura, materializando sus ideas e impresiones en sus diarios íntimos.

Fue educada en un colegio de monjas, cuya formación religiosa aportó escasamente a sus tempranas inquietudes intelectuales. Debido a esto, decide tomar clases particulares de Castellano con un profesor del Liceo de Hombres de Copiapó con el propósito de mejorar su ortografía y redacción. Estos estudios resultarían significativos en su devenir ideológico, pues la ayudaron a desprenderse de los prejuicios religiosos y acercarse al laicismo.

Poco tiempo después de casarse, su esposo, ofuscado al descubrir la afición literaria que entonces Rouge levaba clandestinamente, la obliga a abandonar la escritura de su diario, y, además, a destruir sus cuadernos: “Entre rojas llamas vi desaparecer para siempre la historia de mi alegre y feliz juventud [...] vi retorcerse entre las llamas los cuadernos que encerraban mis sueños, mis ilusiones y toda mi vida de soltera, sentí un dolor inmenso” (1943, p. 11). Sin embargo, ni este gesto de violencia simbólica y de género, ni las demandantes exigencias de la maternidad, la lograron apartar de su vocación literaria.

En 1915 publicó el libro de ensayos –o “el folleto”, como ella lo denomina en un gesto de infravaloración discursiva– *Mis observaciones*, usando por primera vez su seudónimo, el cual la acompañará durante toda su carrera. En este texto –sobre el cual nos detendremos más adelante–, la autora abordó temas diversos, no obstante, conectados temáticamente entre sí, como la necesidad de legislar en favor de una ley de divorcio y fomentar la educación de las mujeres, el drama social que sufrían los obreros y la infancia desvalida, la doble moral de la iglesia católica, y la compleja posición de la mujer en el campo cultural de la época, entre otros. La publicación de este libro le significó varias críticas desfavorables, entre estas, ser catalogada de “librepensadora” y “literata chirle”. Sin embargo, la forma en que Rouge se toma estas críticas es interesante: más que las descalificaciones, orientadas principalmente a cuestionar su feminidad, le preocupan aquellas que apuntan a sus falencias como escritora: “El título de ‘literata chirle’ me hizo comprender que debía estudiar si quería que con los años me llamaran ‘distinguida escritora’” (1943, p. 18).

¹ Las cursivas son mías a menos que se explicita lo contrario.

El interés de perfeccionarse en el ámbito intelectual llevó a Rouge a participar del Círculo de Lectura, instancia de sociabilidad intelectual femenina fundado por Amanda Labarca en abril de 1915. Este espacio, dedicado, por un lado, a fomentar la lectura y la discusión crítica y, por otro, a facilitar el desarrollo de lazos intelectuales y afectivos entre mujeres, fue una de las primeras iniciativas gestionada por y dirigida exclusivamente a un público femenino: se creía que la formación intelectual de las mujeres constituía un motor clave para lograr su emancipación. En sus memorias Rouge relata que en la primera reunión le fue presentada la escritora Inés Echeverría (Iris) –por la que sentía gran admiración–, la periodista y editora Elvira Santa Cruz (Roxane) y otras señoras de la alta sociedad santiaguina como Delia Matte, quienes poco tiempo después fundarían el Club de Señoras, otro importante espacio de sociabilidad cultural de mujeres, de perfil más aristocrático.

En las reuniones del Círculo no solo se comentaban lecturas, sino que también las integrantes tenían la libertad de leer sus trabajos. En una de esas instancias la autora fue invitada a exponer: escogió leer un capítulo de su novela inédita *Helena*, en donde se planteaba el tema del desarme universal. La Primera Guerra Mundial había estallado hacía poco y Delie Rouge fue una de las primeras intelectuales chilenas en llamar la atención sobre los peligros del nacionalismo y la carrera armamentista (décadas después se le reconocería internacionalmente como una “*pioneer* del pacifismo”). Su lectura terminó en escándalo. Fue acusada públicamente por algunas socias de “antipatriota”, “aparecida”, “subversiva”, “socialista”, “anarquista”, de “insultar a la aristocracia” (1943, p. 30). Como consecuencia de estas tensiones, la autora, junto a su amiga la escritora y crítica literaria Luisa Zanelli, decide marginarse del grupo.

Ahora bien, el incidente no se limitó a diferencias de opinión entre las integrantes, también se convirtió en noticia en diferentes periódicos. Además, poco después el Círculo celebró una velada en torno al patriotismo en réplica a la postura del desarme universal planteada por Delie. En dicha oportunidad expuso Labarca: su discurso fue publicado en la primera página de *El Mercurio*. La polémica le significó a la autora que su cónyuge se enterara de su incursión en los circuitos literarios *de mujeres*. Y no solo eso: sino que su propia vida corriera peligro. De hecho, Delie le cuenta a su hija en sus memorias que “por esta publicación de la señora Labarca, tu padre supo que yo escribía y quiso apoderarse de mi novela ‘HELENA’, la que yo defendí con todas las fuerzas de mi ser. *Casi perdí la vida*” (1943, p. 35). Finalmente, la autora publicó *Helena* en 1918: con el fin de conseguir

el financiamiento necesario para su impresión, no tiene más opción que vender una joya, regalo de su padre.

Luego de la publicación de su primera novela, la autora inició inmediatamente la escritura de *Los fracasados*. Aparecida en 1922, su segunda novela abordó nuevamente el tópico del divorcio. Mientras escribía esta obra Delie Rouge se separó de su marido, quien se traslada a Inglaterra llevándose consigo a la única hija del matrimonio. Este doloroso episodio reafirmó en ella la necesidad de una ley de divorcio. De hecho, poco después escribe algunos artículos sobre este tema en la *Revista Femenina* (1924), medio dirigido por la editora y activista feminista Graciela Mandujano (antecedente que expresa la relevancia que adquieren las mujeres editoras durante este periodo).

En 1931 publicó su tercera novela titulada *Magda Aguilar*. En esta relata la dramática vida de Magda, quien, tras la desilusión vivida con su esposo infiel, del cual, no obstante, no puede divorciarse, se entrega a una relación con un hombre licenciado que la conduce finalmente a su ruina física, emocional, moral y social. También en esos años escribió *Hélida* (1930), un drama en cuatro actos que fue estrenado en el Teatro Baquedano en 1942.

Respecto a la participación de Rouge en la prensa, cabe mencionar que fuera de colaborar en la *Revista Femenina*, igualmente incursionó en *Acción Femenina*, órgano del Partido Cívico Femenino, que circuló entre 1922-1923 y 1934-1939. Al crearse en 1935 el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH), la autora se unió desempeñándose como secretaria de prensa de esta agrupación. Por supuesto, su pluma militante también se dejó ver en *La Mujer Nueva*, el órgano de difusión de esta organización.

III. “NACEMOS CON CIERTAS TENDENCIAS, UNA DE LAS MÍAS ES OBSERVAR”. LA ENSAYÍSTICA DE DELIE ROUGE

En abril de 1915 salía a la luz a través de la Imprenta y Encuadernación Nueva York, en Santiago, el libro *Mis observaciones*. Compuesto por cincuenta y dos páginas, no solo se trataba del primer título de Delie, sino también de uno de los primeros libros de ensayos escrito por una autora en Chile. Si se considera que el lugar que han ocupado las mujeres en las historias literarias tiende a ser ralo, el lugar que ocupan en un género “de ideas” como es el ensayo resulta aún más periférico. De acuerdo a la propuesta de Oviedo (1990) se trata de un género “camaleónico”, oscilante entre la razón

crítica y la expresión subjetiva, marcado por el esfuerzo reflexivo del sujeto que enuncia. A su juicio, más que la temática o contenido del ensayo es el enfoque que este adopta el que permite definirlo como tal. En este sentido, procurando establecer algunos de sus elementos intrínsecos, Oviedo sostiene que la interrogación de algún aspecto “de la realidad o de lo imaginado”, mas también de lo que el propio sujeto piensa (metarreflexión) constituye un aspecto relevante para su reconocimiento (p. 13), actitud inquisitiva que se vincularía con su voluntad de “cuestionar la verdad establecida, abrir fronteras y negar las formas sacralizadas del conocimiento”, en un gesto “herético” (p. 13). A diferencia de otros géneros limítrofes (como la filosofía o la crítica académica) en donde la subjetividad del autor es deliberadamente invisibilizada en pos de una voz impersonal, en el ensayo se asiste al “lenguaje vivo de la persona que piensa, analiza y descubre” (p. 14), en un claro gesto de exhibición de un yo. Considerando lo anterior, y atendiendo al sistema de la diferencia sexual imperante en la época, resulta comprensible que las mujeres no incursionaran mayormente en el género, y que cuando lo hicieran, la crítica, en general, les fuera adversa.

Delie Rouge, en este sentido, es censurada por desarrollar un género que privilegiaba prerrogativas que la crítica tradicionalmente asociaba a una práctica escritural masculina, lo cual queda de manifiesto desde el título mismo del libro. Una mujer que se valiera de esos elementos propios del género constituía un atentado a la norma. Sin embargo, una mujer que, además, abordara y se posicionara políticamente a favor de la defensa de los excluidos y la crítica contra las instituciones hegemónicas era algo que ya excedía los límites del discurso dominante, osadía que se acentuaba tratándose de alguien sin ningún tipo de formación académica o literaria que avalara su *decir*.

Si bien, como apunta Montero (2016), para esos años ya existía cierto desarrollo de la ensayística escrita por mujeres en Chile, y en especial, del *ensayo de género*, tomando el concepto de Pratt (2000), quien lo comprende como una “tradición de escritura” conformada por una “serie de textos escritos por mujeres latinoamericanas a lo largo de los últimos ciento ochenta años, enfocados a pensar el estatuto de las mujeres en la sociedad” (p. 76), lo cierto es que esta práctica se expresaba principalmente a través de la prensa, siendo escasos los registros publicados en formato libro.

Delie recurre a la estrategia de la autogestión para publicar su texto: se hace cargo del proceso de edición, financia la impresión y gestiona la distribución de sus libros. Esta decisión la lleva a cabo tras tener un tenso *impasse* con un editor de la época, episodio que relata en uno de los ensayos

titulado “Mi chasco”, el cual cumple la función de testimoniar las dificultades que encontraban las mujeres –al menos, las provenientes de grupos sociales medios– al momento de tratar de publicar, a la vez que revela las dinámicas asimétricas de poder que existían en el campo literario. La censura del editor no es algo que escapa a la mirada de Rouge: “Entonces ¿no edita [los textos]? –No. –¿Porque las ideas son *atrevidas*?” ([1915] 2020e, p. 88).

El libro, en efecto, contenía ideas que desafiaban abiertamente el arraigado conservadurismo de la sociedad chilena. La preocupación por la situación de vulnerabilidad que experimentaba la mujer, especialmente, la mujer casada, fue un tema sobre el que Rouge reflexionó en el primero y más extenso de sus ensayos, “Relación que existe entre el divorcio y la educación de la mujer”, en el cual exigía legislar a favor de esta ley y educar a las mujeres a fin de proporcionarles las herramientas necesarias que le asegurasen su independencia económica. La inexistencia de una ley de divorcio, acusaba, no solo mantenía a la mujer en una situación de esclavitud e infelicidad, sino que muchas veces la exponía a situaciones de violencia de género que incluso terminaban en femicidios².

La preocupación por los sujetos subalternos recorre la mayoría de los siete ensayos que conforman el libro. Destacan sus críticas contra la indolencia del Estado frente a problemáticas sociales como la mendicidad infantil:

¿No es justo y razonable que el gobierno ayude a estas criaturas? Así como tiene dinero para educar en el extranjero a unos pocos, también debe tenerlo para prestar su ayuda al niño infeliz, que no asiste a la escuela. Tan hijo de Chile es el joven de clase social más elevada como el niño andrajoso que pide limosna. ([1915] 2020d, p. 84)

Esta desidia resultaba peor aún al constatar que la misma sociedad que marginaba a esta infancia desvalida, posteriormente era quien también ejercía una actitud punitiva: “¿Qué derecho tienen los gobiernos en tener jueces que condenen a sus hombres si antes no han vigilado sus niños”? (p. 83).

² La autora recuerda la “tragedia del Boldo”, femicidio cometido en 1914 por Gustavo Toro, quien asesinó a su esposa Zulema Morandé en Curicó. Este polémico caso expresaba la impunidad que gozaban los hombres de la clase alta chilena en las primeras décadas del siglo XX, pues poco tiempo después Toro fue indultado. En 1933, la hija de la escritora Inés Echeverría fue asesinada de un disparo por su esposo Roberto Barceló Lira. Iris escribe *Por él*, libro de denuncia y testimonio contra el femicida y la complicidad de la oligarquía. Debido al influyente capital social de la autora, el criminal finalmente es condenado a muerte. En Montevideo, el 6 de julio de 1914, la poeta Delmira Agustini era asesinada a tiros por su exesposo Enrique Job Reyes.

Las críticas contra la Iglesia católica igualmente se hacen presentes. En un contexto en el cual la separación entre el Estado y la Iglesia solo se concreta tras la aprobación de la Constitución de 1925, tanto el tono acusatorio como los argumentos que utiliza para denunciar las malas prácticas del clero resultan de una osadía disruptiva para una mujer de su época en la que el sexo femenino aún representaba la falange del catolicismo : “como el clero es poderoso, es muy difícil que le castiguen por la ley [civil]; como todos sabemos, en este país el que tiene influencia y riqueza rara vez sufre el castigo impuesto por las leyes” ([1915] 2020b, p. 60). Sus dardos iban dirigidos a la complicidad de la Iglesia que perpetuaba, en su opinión, la sumisión e ignorancia de las mujeres.

En estos textos se puede apreciar cómo la autora, a pesar de ser una debutante en el campo literario, desarrolla una función intelectual de acuerdo a lo propuesto por Said (1996), quien comprende al intelectual como un sujeto dotado de la facultad de representar y articular un mensaje o una visión para y en favor de un público, cumpliendo así una relevante función dentro de la sociedad:

[Su misión es] plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma, actuar como alguien a quien ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente y cuya razón de ser consiste en *representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido* o se mantienen en secreto. (p. 30)

Entendido como un individuo que desafía el poder y las verdades establecidas, el intelectual posee un carácter crítico, siempre en actitud de sospecha frente a los grandes poderes; en el caso de Delie, sus emplazamientos apuntan directamente contra dos de las instituciones de máxima autoridad en Chile: la Iglesia y el Estado, y la estructura patriarcal que subyace en ellas. Además de esta función intelectual, otro de los aspectos interesantes que están presentes en su libro es la puesta en escena de una sujeto que, a medida que va articulando sus “observaciones”, se desplaza del espacio privado al espacio público de la ciudad, en medio del ajetreo constante de la urbe moderna. De esta manera, si en algunos textos la atención se focaliza en la opresión que sufre la mujer casada dentro del hogar, en otros la autora se traslada al espacio urbano: se la contempla atenta en los tranvías tratando de descifrar las voces de las masas que la envuelven (“algunas veces en los tranvías oímos conversaciones que [...] nos impulsan a anotarlas con las reflexiones que nos sugieren” ([1915] 2020c), p. 75), asistiendo a presenciar actividades de *sport*, recorriendo presurosa imprentas y casas edi-

toriales, y habitando las calles de un Santiago que parece lejos de ir al ritmo de la modernidad que anhela con ansias, donde se inscribe la contracara no deseada de la ciudad civilizada, como lo veremos plasmado, especialmente, en sus crónicas posteriores.

IV. SU INCURSIÓN EN LA PRENSA DE MUJERES: UNA ESCRITORA CON LOS PIES EN LA CALLE

A partir de 1920, y, sobre todo, durante la década de 1930, Rouge participa activamente en otros espacios de publicación, paralelos al circuito del libro, como es el de la prensa de mujeres. En particular, tendrá un rol activo en la denominada “prensa política feminista” (Montero, 2018), la cual asumirá, a diferencia de la prensa cultural o literaria, una manifiesta actitud militante. Sus colaboraciones aparecerán en medios de amplia llegada entre un lectorado femenino como son *Acción Femenina*, periódico del Partido Cívico Femenino, y *La Mujer Nueva*, revista del Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile.

Esta última organización, en la cual la autora militó desde sus inicios, fue fundada en 1935 (en una época marcada por fuertes agitaciones sociales y el desarrollo del Frente Popular que llevaría a la presidencia al político reformista Pedro Aguirre Cerda), por la abogada Elena Caffarena, las editoras Graciela Mandujano, Felisa Vergara y la escritora Marta Vergara, entre otras activistas feministas provenientes de diferentes sectores sociales. El MEMCH constituyó una organización política feminista de izquierda, creada con el fin de luchar por los derechos civiles, económicos, jurídicos y políticos, y velar por el mejoramiento de las condiciones de vida de las mujeres, en especial, de las trabajadoras y madres obreras. Vinculando la lucha social con la de género, las memchistas lideraron la historia de las organizaciones feministas de la primera mitad del siglo XX hasta la obtención del sufragio femenino universal (acaecido en 1949).

Entre quienes colaboraron en *La Mujer Nueva* se encuentra un significativo número de obreras, dirigentas sociales, empleadas y profesionales, y otras mujeres no necesariamente vinculadas al campo de la cultura. A ellas, se suma la participación de un conjunto de escritoras profesionales y artistas, tanto nacionales como internacionales, quienes, en paralelo a sus propios proyectos creativos, simpatizaron política y afectivamente con la causa memchista. Entre estas escritoras se encuentran las chilenas Delie Rouge, Marta Vergara, Elvira Santa Cruz (Roxane) y Winett de Rokha, además

de la pintora y escultora –creadora del emblemático logo del MEMCH–, Laura Rodig; las intelectuales y feministas peruanas Magda Portal y Zoi-la Aurora Cáceres, así como la también escultora y pintora Carmen Saco; las escritoras argentinas Victoria Ocampo y Amparo Mom; y las españolas líderes de la resistencia antifascista, Dolores Ibárruri, “La Pasionaria”, y María Zambrano, ambas prolíficas mujeres de letras.

Respecto a la incursión de Rouge en estas publicaciones, cabe hacer notar que, a diferencia de los ensayos publicados en 1915, estos textos, que podrían calificarse como crónicas, si bien comparten el carácter de “género referencial”³, lo cierto es que también experimentan algunos cambios a nivel de forma. En lo fundamental, se posiciona la voz de una sujeto femenina que ya no solo reflexiona y *observa*, sino que, cual cronista urbano, se desplaza resolutivamente por las calles del Gran Santiago y desde allí, *in situ*, recorre, documenta, registra testimonios, y denuncia las desigualdades que afectaban a los grupos subalternos que yacían excluidos de la ciudad civilizada.

Como ha señalado Darrigrandi (2013) refiriéndose a la crónica hispanoamericana, este género de “reconocido carácter híbrido” (p. 126) puede ser comprendido, a grandes rasgos, de acuerdo a la definición propuesta por Rotker, como un “punto de inflexión entre el periodismo y la literatura” (p. 126). Tal como el ensayo, es un género que se caracteriza por ser “sumamente flexible” (p. 130), pues, además de compartir elementos literarios, también asume otros rasgos asociados a subgéneros periodísticos como el artículo, el cual “desarrolla una idea en torno a un hecho, idealmente, actual, y [cuyo] sello de distinción sería la opinión o el juicio del autor”, y el reportaje, “género que no se ocupa de una noticia, pero sí de hechos o situaciones” (Gonzalo Martín Vivaldo, como se citó en Darrigrandi, 2013, p. 131). Un aspecto distintivo de la crónica –fuera de su tendencia a relatar hechos contingentes o noticiosos– es la presencia de la voz del cronista, quien, desde su particular punto de vista, “puede comentar, interpretar y opinar sobre lo que está informando” (p. 131). Asimismo, otro elemento relevante del género, que singulariza desde sus orígenes hacia finales del

³ Leonidas Morales (2001) comprende los géneros referenciales como “aquellos donde, al revés de lo que ocurre en los ficcionales como la novela, autor y sujeto de la enunciación (o “narrador”) coinciden: son el mismo” (p. 1). Entre estos géneros –tradicionalmente desatendidos en Chile– se encuentran “la carta, el diario íntimo, la autobiografía, las memorias, la crónica, el ensayo, o géneros periodísticos como la entrevista y el reportaje” (p. 1). En ellos el discurso siempre apela “a un referente extratextual de diversa identidad: cultural, social, político, literario, artístico, biográfico, etc.” (p. 1).

siglo XIX en América Latina, como lo ha indicado Julio Ramos (2003), es su relación con la vida urbana y, en general, con la ciudad en proceso de modernización.

El desplazamiento ciudadano de Rouge no está exento de tensiones: es el caminar de un cuerpo sexuado que además de transgredir las normas asociadas de lo privado/femenino-público/masculino, se introduce en otras zonas vedadas: los arrabales de la ciudad.

Segregada en dos sectores claramente identificables, durante las últimas décadas del siglo XIX la ciudad era, en palabras de Benjamín Vicuña Mackenna, un espacio en el que coexistían conflictivamente: “El Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana” y su contraparte, aquella “inmensa cloaca de infección y de vicio, de peste y crimen, un verdadero potrero de la muerte” (como se citó en De Ramón, 2000, p. 188). Esta segregación durante las primeras décadas del siglo XX se agudiza junto al recrudecimiento de la llamada “cuestión social”⁴.

La autora, en su faceta de cronista urbana recorre las calles y visita los “rancheríos de la sociedad anómica” (Romero, 2008, p. 363), entre ellos, los “conventillos”, tipo de vivienda –o “infravivienda”– utilizada por las clases populares principalmente desde finales del siglo XIX⁵, los cuales se encontraban diseminados masivamente en los suburbios de la ciudad. Rouge se moviliza a los conventillos emplazados en el barrio de La Chimba (actuales comunas de Recoleta e Independencia), ubicado al norte del río Mapocho, en el cual tenían (y tienen) asiento, además, instituciones vecinas *non gratas*, como la morgue, los cementerios, el ex Hospital de Tuberculosos y la antigua Casa de Orates. Allí se interna para conocer la realidad de la vivien-

⁴ De acuerdo a los testimonios de viajeros que recoge De Ramón (2000), este retrato de Santiago se replicaba con frecuencia: “Alberto Malsh, testigo especialmente crítico y que la conoció muy bien durante la primera década del siglo XX, resumía su impresión sobre Santiago diciendo que la ciudad se componía de diez o quince calles copiadas de las de Europa, barrio artificial, mientras que ‘bajo él (estaba) la lepra inmensa de los barrios pobres’ [...] En 1919, otro viajero añadía que ‘en ningún país del mundo he visto una miseria más repugnante que en Chile, sobre todo en las ciudades’, puesto que en Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, los pobres y miserables se encontraban ‘en plena calle, cubiertos de andrajos asquerosos’” (p. 188).

⁵ Sobre el surgimiento de los conventillos se señala en el sitio web Memoria Chilena: “La creciente migración desde las zonas rurales hacia Santiago, debido a la falta de trabajo en los campos y la importante oferta laboral que crearon las faenas artesanales e industriales, generó una escasez de viviendas. Lo que propició el poblamiento de los barrios en los márgenes de la ciudad. La demanda de viviendas fue aprovechada por la oligarquía que comenzó a especular con la venta y arriendo de terrenos, y con la construcción de diferentes tipos de hogares para el uso de los sectores populares. Así, cuartos redondos, conventillos y cités se convirtieron en un negocio para la clase alta, quienes arrendaban estos espacios a las familias del centro de Santiago y los recién llegados desde el campo”. Disponible en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-95900.html>

da popular, dando cuenta del estado de hacinamiento, falta de higiene y de servicios públicos básicos, como el sistema de alcantarillado, agua potable o de electricidad, centrandó su preocupación, nuevamente, en la situación que aquejaba a mujeres dueñas de casa, embarazadas y niños.

En un texto titulado “Cuadro de cités y conventillos”, publicado en *La Mujer Nueva* en 1936, la autora inicia su escritura posicionándose a ella misma, como es habitual en la crónica, en tanto sujeto transeúnte que deambula atenta y observadora, en calidad de testigo, por los recovecos olvidados de la ciudad:

Hoy visité varios cités. Empecé por uno ubicado en la calle José Santos Dumont. Vi en la puerta un aviso: “Se arriendan piezas”. En la acera, sentado en una silla, había un hombre. A él me dirigí: –¿Podría verla[s]? Se puso de pie y me condujo al interior de la cité. Abrió una puerta que daba a un diminuto patio a cuyo fondo había una pieza. La miré: el piso entablado y sucio, las paredes cubiertas de papel de indeciso color, el techo negruzco por la suciedad de las moscas y el hollín. –¡No tiene luz eléctrica!, exclamé. En un extremo pequeño del patio –cerrado con calamina– había un sitio destinado a la cocina. Como no vi a su lado un W.C. indagué dónde estaba su sitio. –No tiene. Hay uno para todos. –¿Y la llave del agua dónde está? –No tiene. Allí hay una pileta con su cañería– me dijo, indicándome un cañón de agua en mitad de la callejuela del cité [...] De José Santos Dumont me dirigí a una gran cité que hay en la calle Carrión. Todas las viviendas eran: una sola pieza sin ventana, la puerta con un pequeño tragaluz, las paredes sucias y el techo negro por el humo: al fondo un patio pequeñísimo donde cocinan y lavan. Sin luz eléctrica, sin agua y sin W.C. [...] Visité más de diez cités, todos por el mismo estilo [...] Ya me retiraba entristecida por la vista de tanta miseria, cuando se me ocurrió visitar una POCILGA HUMANA: Independencia frente a San Luis. ¡Esto ya fue el acabose! Todo lo que había visto era una monada. Una sola pieza, SIN UN PEQUEÑO PATIO, una diminuta ventana a la callejuela del conventillo [...] ¡Cuánta miseria! Las mujeres lavan su ropa en las puertas de su cuarto y el agua la echan a correr por la callejuela del conventillo. Allí el agua forma charcos verdosos que despiden miasmas mortíferos. ¡Y se admiran de la mortalidad infantil! (p. 3)

La autora se entrevista con los dueños de los cités, examina las casas y las condiciones en que viven sus moradores, conversa con las mujeres pobladoras, siendo consciente de que sus impresiones, una vez trasladadas al papel, tendrán una amplia repercusión a través de la tribuna pública que le ofrece la prensa. En este sentido, a propósito de un local de venta de licores

ubicado fuera de un cité, el cual, en su opinión, fomentaba lo que se consideraba por entonces una “peligrosa y extendida enfermedad social” que debía combatirse, el alcoholismo (Lavrín, 2005, p. 219), Delie les pregunta a las mujeres por qué no han reclamado frente a este hecho: “–Sí lo hemos hecho, pero *no nos hacen caso*. Dice el dueño que cuando hay plata no sacamos nada con chillar. –*Yo lo voy a decir por la prensa*. –¡Dígallo, señorita! – me suplicaron” (p. 3). La autora nuevamente asume la función intelectual al devenir en representante de las demandas y el sentir de un grupo de mujeres anónimas, sin voz (o prácticamente sin ninguna posibilidad de ser escuchadas), excluidas en este caso triplemente: por sus condiciones sociales, económicas y de género. De este modo asistimos al despliegue de una vocación intelectual que se expresa mediante una “actitud de constante vigilia, como disposición permanente a no permitir que sean las medias verdades o las ideas comúnmente aceptadas las que gobiernen el propio caminar” (Said, 1996, p. 40). En este caso, Delie denuncia públicamente una situación de injusticia y corrupción con el objeto de mostrarle a sus lectore/as, y a la sociedad en general, una frecuente, no obstante, invisibilizada realidad.

Esta preocupación por la marginación que afectaba a las mujeres populares lleva a la autora a visibilizar la precariedad laboral en que vivían las empleadas domésticas. En otra crónica relata su visita al Hospital San José, ubicado también en el barrio de La Chimba, con el fin de atestiguar tanto sus condiciones sanitarias como el estado en que se encontraban los enfermos. La sujeto se interna en un pabellón de mujeres tuberculosas –a principios de siglo XX eran dos las principales causas de la altísima tasa de mortalidad en los países del Cono Sur, la “tuberculosis y la mortalidad infantil” (Lavrín, 2005, p. 134)–, conversa con algunas pacientes y se enfrenta con el rostro de la pobreza y la enfermedad. Es el encuentro con el cuerpo femenino infecto, incapaz de producir para la maquinaria capitalista, absorbible y desechable para la sociedad moderna, el cuerpo paria contaminado por la peste. Haciendo un uso político de su tribuna acusa la explotación laboral que sufrían estas trabajadoras y reclama la urgente aprobación de una ley que reglamente sus condiciones de trabajo, proyecto que era impulsado, asimismo, desde el MEMCH:

Tanto me habían hablado que el “Hospital de San José” era un “matadero humano”, que *decidí cerciorarme por mi misma y fui a visitarlo [...] Se me ocurrió interrogar a las enfermas* cómo habían contraído la enfermedad. En algunas el comienzo fue un fuerte resfrío; en otras el comienzo fue una gripe mal curada y en la mayoría el exceso de trabajo y la mala alimentación. ¡Me causó honda pena ver tantas jovencitas tuberculosas!

[...] Que pronto sea un hecho la ley que reglamente el trabajo de las empleadas domésticas. Si luego no lo reglamentan estas concluirán todas por enfermarse [pues] trabajan hasta aniquilarse. (1936a, p. 4)

Los índices de pobreza en Chile hacia mediados de 1930 eran críticos. Al analfabetismo, el desempleo, la escasez de servicios básicos y de vivienda digna, los problemas de salubridad pública, la falta de alimentos y los salarios ínfimos, se sumaba una altísima tasa de mortalidad infantil, una de las más altas a nivel mundial⁶. Desde las páginas de *Acción Femenina Rouge* aborda este problema, así como el de la infancia desvalida, el cual también va a ser foco de reflexión y *praxis* en escritoras como Marta Brunet, Gabriela Mistral y, sobre todo, Elvira Santa Cruz (o Roxane), quien fue una destacada activista social⁷. Al leer los textos podemos ir trazando una cartografía urbana: la autora se traslada desde el sector de La Chimba hacia el oriente de la ciudad, en particular, al Hospital del Salvador. La tuberculosis y las mujeres otra vez se hacen presentes en su escritura, aunque esta vez la mirada se focaliza en otra dimensión del drama:

Debajo de un corredor me senté junto con otras mujeres. Hacía rato que estaba allí cuando pasaron dos hombres llevando una sábana cogida de las cuatro puntas como quienes llevan un atado de ropa. –Son los niños de la maternidad... dijo alguien [...] –Sí; los niños muertos que los llevan al depósito. –*Voy a ver* –dije, y *curiosa me encaminé. Entré y vi el siguiente cuadro*. Arrojados de cualquier manera, sobre un gran mesón cubierto de zinc, había más o menos cincuenta niños. Los habían echado allí como conejos muertos y desollados. Era un montón de párvulos [...] Algunas criaturas tenían pegado sobre el pecho un papel escrito, quizás para que los deudos los reclamaran. (1935, p. 29)

La vista de este “cuadro horripilante” tenía su origen, de acuerdo a la autora, en la ausencia de políticas públicas adecuadas que tendieran, por

⁶ Refiriéndose a los índices de mortalidad infantil, afirma Lavrín (2005): “En Chile [esta] era espantosa, especialmente en Santiago” (p. 135). Entre 1871 y 1908 la tasa había llegado a niveles históricos si se comparaba con otros países del Cono Sur. “La mortalidad infantil disminuyó [solo] en los dos primeros decenios del siglo XX, pero permanecía muy alta en comparación con la de Argentina, Uruguay y otros países del mundo occidental [...]” (p. 135). Hacia 1935-1936 “Chile mostraba una de las tasas de mortalidad infantil más altas del mundo y ocupaba el primer lugar de una lista de veintiséis países” (p. 135).

⁷ Fuera de reconocida escritora y cronista, Roxane trabajó por combatir los problemas sociales de la infancia. Se unió y fundó varias organizaciones como la Junta de Beneficencia Escolar (1916). Gestionó, además, la creación de las Colonias Escolares. Como Delie Rouge, conjugó la preocupación por las condiciones sociales de los niños con la falta de derechos laborales de las mujeres.

un lado, a combatir de manera efectiva el alcoholismo y las enfermedades venéreas que afectaban a un porcentaje importante de la población, como por otro, a solucionar los problemas de vivienda insalubre, la mala alimentación, y el exceso de trabajo que aquejaba especialmente al sexo femenino: “Ya existe, me dije, un Consejo para la defensa del niño. ¿Cuándo fundarán otro que defienda a la madre?” (p. 29). Influenciada por las ideas higienistas de la época que acusaban la influencia del entorno ambiental y del medio social en el desarrollo de las enfermedades⁸, Rouge va a reivindicar, asimismo, un modelo identitario femenino tradicional asociado a la maternidad, tanto en este como en otros textos. En relación con este punto, es necesario comprender que, si se considera el horizonte social y cultural de la época, fueron pocas las escritoras o intelectuales feministas latinoamericanas que se rebelaron contra este paradigma. La principal razón radicaría en el potencial político del discurso de la maternidad, al cual se apelaba constantemente como un argumento o base para la exigencia de otros derechos, entre los cuales se encontraba la facultad de intervenir en lo público: del bienestar de la madre dependía el bienestar de la nación. De esta manera, apoyarse y vindicar la relevancia de la figura materna se transformó en una estrategia que les permitió a las escritoras participar en los debates referidos tanto a la situación de exclusión que afectaba a las mujeres, como en aquellos donde se discutía el devenir de la nación.

En esta voluntad de registrar en primera persona lo que acontece en la ciudad y dar visibilidad y voz, a través de la escritura, a los otros, la autora documenta el transitar de las mujeres, en tanto colectivo, no solo del espacio privado a lo público, sino también al campo político. Como militante del MEMCH, “la primera organización feminista en utilizar para el logro de sus reivindicaciones la movilización masiva de la mujer, realizando innumerables actos públicos, tanto en Santiago como en provincias” (Gaviola et al., 1986, p. 43), la autora participa y deja testimonio de las actividades políticas de su organización; en esta dirección, como sostiene Montero (2019)

⁸ “El higienismo se desarrolla en Europa a finales del s. XVIII en el contexto del mejoramiento y especialización de la ciencia médica, tomando como punto de partida la influencia del entorno ambiental y del medio social en el surgimiento de las enfermedades. Los higienistas critican la falta de salubridad de las ciudades industriales, así como las condiciones de vida y de trabajo de los obreros fabriles. En Chile, el higienismo, propiciado por algunos médicos, estuvo presente en la formación de algunas agencias estatales, como el Consejo Superior de Higiene Pública en 1892. En las décadas de 1880 y 1890 se promulgaron una serie de normativas que intentaron regular variados aspectos de la salubridad en las ciudades, desde aquellos relativos a la edificación de viviendas hasta los servicios de urbanización, como el agua potable y el alcantarillado” (Hidalgo y Sánchez, 2007, p. 52). No obstante, a partir de 1900, en la medida en que la ciudad se expande con la migración campesina y minera, estas políticas se vuelven insuficientes ante una urbe cada vez más desbordada.

“las escritoras a partir de 1900 echaron mano de la crónica para describir las acciones del movimiento de mujeres que se articulaba a inicios de siglo. A través de ella fueron fijando, a pesar de la fugacidad del periódico, la historia de las mujeres en Chile” (p. 253). En una crónica que resulta muy actual Rouge relata el caso de una masiva concentración de memchistas en el ex Teatro Politeama (actual Estadio Víctor Jara, Estación Central), multitud que tras terminado el evento se vuelca hacia las calles, marchando e interrumpiendo el tráfico en plena avenida Alameda. Este gesto disruptivo, rebelde, genera tensos enfrentamientos con las fuerzas policiales, quienes observan con recelo este despliegue público de cuerpos femeninos politizados:

La concentración femenina celebrada en el Teatro resultó magnífica. La sala estaba completamente llena [...] Las oradoras en forma clara y brillante expusieron el sentir y el clamor de la clase media y del pueblo que, asediados por el hambre, reclaman justicia [...] Terminada la concentración salimos a la Alameda, pero un piquete de carabineros nos cerró el paso [...] Les gritamos: ¡Déjennos pasar; luchamos por el pan para vuestros hijos!! Los carabineros no oían... Y avanzamos algunos pasos. Pero, llegó un tenientito y nos gritó con voz estridente: ¡Atrás!, ¡despejar! Y nos echó encima el caballo. Arrebató uno de los estandartes que tenía el lema: MOVIMIENTO PRO EMANCIPACIÓN DE LAS MUJERES DE CHILE, y con él en la mano, como quien lleva un valioso trofeo, se alejó triunfante. (1936c, p. 3)

A través de su escritura callejera, situada, no solo denuncia la violencia ejercida por la policía contra las manifestantes –algunas de las cuales terminan atropelladas por caballos y víctimas de golpizas–, sino que también responde y cuestiona públicamente la cobertura noticiosa del hecho realizada por la prensa hegemónica, como fue el caso del diario conservador *El Mercurio*. El cronista de este medio acusaba a las participantes de transgredir el orden público, y lo que era aún más condenable, sus roles de género (censurando cualquier referencia a la coacción ejercida contra las manifestantes), en un doble gesto desobediente que excedía los límites del control oligarca y patriarcal: “pero nosotras, que hemos visto los brazos amoratados y las cabezas llenas de chichones de muchas de nuestras compañeras sabemos que los carabineros no son tan dulces como los pondera *el verídico cronista*” (1936d, p. 5). Desde la vereda de la prensa feminista y combativa, Delie, con sarcasmo, disputa la legitimidad del relato construido por la prensa dominante, invirtiéndolo: de este modo las fuerzas policiales representarían el “heroísmo moderno” masculino que lucha en el “campo de batalla”, que es

la ciudad, contra la anárquica y desbordante presencia femenina que invade las calles, sumiendo a la urbe civilizada en la vociferación, la ilegibilidad, la violencia, y el descontrol.

La crítica al actuar brutal de la policía, irá de la mano con la denuncia contra la guerra: son numerosos los textos en que la autora exige el cese de los enfrentamientos bélicos que asolaban por entonces a numerosos países, siendo España uno de los más afectados hacia mediados de 1930. Ya tempranamente había reclamado contra la guerra en la polémica lectura de su novela *Helena*. Esta férrea defensa del pacifismo le significó ser reconocida en 1937 con el título de Benemérita de la Paz, distinción que le fue otorgada por las mujeres pacifistas de los Estados Unidos. Con motivo de ello sus compañeras del MEMCH también le rinden un homenaje, subrayando la justicia de tal nombramiento: “es un justo reconocimiento a sus *veinte años de labor de prensa y de palabra*, a su infatigable dedicación a una lucha heroica contra la guerra” en un contexto en que era fácil ser acusada de “anormal [y] antisocial” (Delie Rouge. Benemérita, 1937, p. 3). Si los intelectuales masculinos y la élite no apoyaron su carrera como escritora debido al rechazo a sus ideas de avanzada, expresadas tanto a través de sus libros, como principalmente a través de la prensa, van a ser sus compañeras feministas en quienes la autora encontró apoyo a una larga lucha dada en solitario. Como ella misma lo confesaba en sus memorias: “Siempre he pensado que los seres llegan a la vida con ciertas tendencias. [La mía] es *batallar a través de la pluma*” (1943, p. 9).

V. CONCLUSIONES

Reconstruir y visibilizar la trayectoria intelectual de Delie Rouge no solo nos permite contribuir a la ampliación de los estudios acerca del proceso de incorporación de las mujeres al campo literario de la primera década del siglo XX en Chile, complementando así los valiosos trabajos críticos publicados en torno al tema⁹. Fuera de eso, el abordaje de su figura y obra también nos permite comprender la agencia que las mujeres han tenido tanto en el cultivo del género del ensayo (con las censuras genérico-sexuales asociadas a su práctica), como, asimismo, en el desarrollo de la crónica urbana. Salvando sus matices, existen diversos vasos comunicantes entre ambos

⁹ Entre estos estudios podemos citar los de Lucía Guerra, Darcie Doll, Natalia Cisterna, Lorena Amaro, Andrea Kottow, Ana Traverso, Alicia Salomone, Claudia Cabello Hutt, Marcela Prado, Claudia Montero, Claudia Darrigrandi, Marina Alvarado, entre otros.

géneros referenciales que explican esta práctica dual, comenzando por la presencia de un punto de vista personal del sujeto, quien puede comentar, interpretar y opinar sobre lo que está viendo, el carácter argumentativo y reflexivo de la mirada, la naturaleza inherentemente fragmentaria del discurso, o la flexibilidad temática, por mencionar algunos. Si bien Rouge cultiva otros géneros considerados canónicamente “literarios” como la narrativa y la dramaturgia, es en estos géneros discursivos menores en donde se puede apreciar más específicamente la subjetividad de la voz enunciativa: una mujer a todas luces observadora de la sociedad que la rodea y en la que se posiciona opinante.

A diferencia del ensayo, es en las crónicas fundamentalmente donde se puede ver a Rouge como un cuerpo femenino en movimiento, que se desplaza del espacio privado al público, incorporándose al ajetreo incesante de la ciudad en vías de modernización. La autora, en su preocupación por revelar las condiciones de vida de los grupos sociales excluidos, aquellos olvidados por el discurso de la modernidad, se arroja a las calles llegando a internarse en los arrabales de la ciudad bárbara. Aquí no hay luces ni existe el andar ocioso del *flâneur*. Como militante memchista recorrerá hospitales, conventillos y morgues, conociendo de primera fuente el drama que viven la infancia, la clase obrera, y principalmente, las mujeres populares. La autora no se limitará a testimoniar esta realidad tachada, reverso no deseado de la metrópolis opulenta, sino que utilizará la tribuna política ofrecida por la prensa de mujeres para tomar posición en la misma vereda “que el débil y no representado” (Said, 1996, p. 39), y enfrentar públicamente al poder.

En síntesis, es posible observar cómo Rouge ocupó un papel relevante en el proceso de incorporación de las mujeres al campo literario en calidad de “escritora moderna”; asimismo, tuvo una participación destacada en la historia de las luchas políticas que libraron las primeras mujeres feministas para construir una sociedad más igualitaria y justa, reclamando la urgencia de una “dignidad” –que hoy suena una y otra vez en las calles de Chile–, en este caso, a través del arma de la escritura.

REFERENCIAS

- Delie Rouge. Benemérita de la paz. (1937). *La Mujer Nueva*, II(17), 3.
- De Ramón, A. (2000). *Santiago de Chile (1541 - de 1991): Historia de una sociedad urbana*. Editorial Sudamericana.
- Darrigrandi, C. (2013). Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio. *Cuadernos de literatura*, XVII(34), 122-143.

- Doll, D. (2014). Escritoras chilenas de la primera mitad del siglo XX: trayectoria en el campo literario y cultural como criterios para una periodización de su producción. *Taller de letras*, 54, 23-38.
- Eltit, D. (2019). *Crónica del sufragio femenino en Chile*. Ediciones Flores del Cardo.
- Gaviola, E., Jiles, X., Lopresti L., y Rojas, C. (1986). *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer La Morada.
- Kottow, A. (2013). Feminismo y femineidad: escritura y género en las primeras escritoras feministas en Chile. *Atenea*, 508, 151-169.
- Hidalgo, R. y Sánchez, R. (2007). Del conventillo a la vivienda: casas soñadas, poblaciones odiadas. En R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo. De 1925 a nuestros días* (pp. 49-83). Taurus.
- Labarca, A. (1934). Cincuenta años de cultura femenina. *¿A dónde va la mujer?* (pp. 179-191). Editorial Extra.
- Lavrín, A. (2005). *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay (1890-1940)*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Montero, C. (2016). El ensayo de género en Chile y las demandas de los derechos de las mujeres. *Divergencias*, 6, 41-53.
- Montero, C. (2018). *Y también hicieron periódicos. Cien años de prensa de mujeres en Chile 1850-1950*. Editorial Hueders.
- Montero, C. (2019). Textos híbridos: las crónicas de mujeres del fin del siglo XIX y principios del XX en la prensa chilena. *Cuadernos de literatura*, XXIII(45), 239-256.
- Morales, L. (2001). *La escritura de al lado: géneros referenciales*. Cuarto Propio.
- Oviedo, J. (1990). Introducción. *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (pp. 11-20). Alianza.
- Pratt, M. L. (2000). “No me interrumpas”: *las mujeres y el ensayo latinoamericano*. *Debate Feminista*, 21, 70-88.
- Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. Cuarto Propio.
- Romero, J. L. (2008). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Siglo XXI.
- Rouge, D. (1935). Cincuenta niños muertos. *Acción Femenina*, 10, 29.
- Rouge, D. (1936a). Que esa ley sea un hecho. *La Mujer Nueva*, I, 5, 4
- Rouge, D. (1936b). Cuadros de cités y conventillos. *La Mujer Nueva*, I (9), 3.
- Rouge, D. (1936c). Heroísmo moderno. *La Mujer Nueva*, I(11), 5.
- Rouge, D. (1936d). Otro hecho de heroísmo moderno. *La Mujer Nueva*, I(12), 5.
- Rouge, D. (1943). *Mis memorias de escritora*. Talleres Gráficos Casa Nacional del Niño.
- Rouge, D. ([1915] 2020a). Relación que existe entre el divorcio y la mujer. *Mis observaciones* (pp. 31-56). Hoguera Editora.

- Rouge, D. ([1915] 2020b). Ataques injustos. *Mis observaciones* (pp. 31-56). Hoguera Editora.
- Rouge, D. ([1915] 2020c). La taberna y el lujo. *Mis observaciones* (pp. 75-78). Hoguera Editora.
- Rouge, D. ([1915] 2020d). Mendicidad infantil. *Mis observaciones* (pp. 57-64). Hoguera Editora.
- Rouge, D. ([1915] 2020e). Mi chasco. *Mis observaciones* (pp. 87-91). Hoguera Editora.
- Said, E. (1996). Representaciones del intelectual. *Representaciones del intelectual* (pp. 23-40). Paidós.